

MELISSA DE LA CRUZ

BIENVENIDOS A LA
ACADEMIA MERLÍN

UNA NOVELA DE LOS DESCENDIENTES

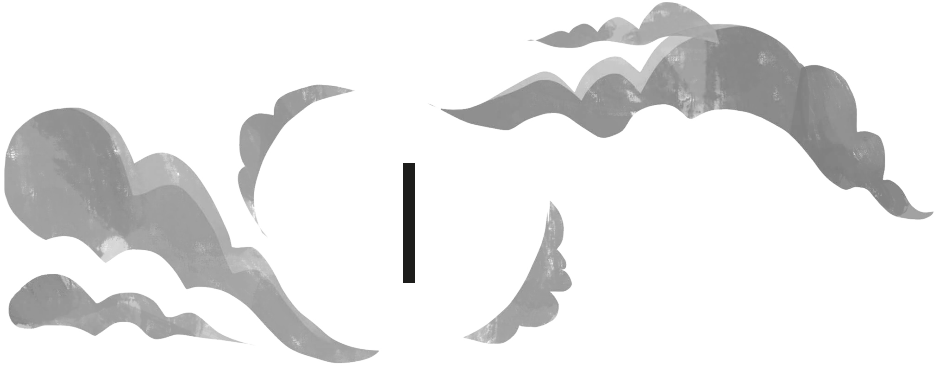


AUTORA #1 EN VENTAS DEL NEW YORK TIMES
MELISSA DE LA CRUZ

BIENVENIDOS A LA
ACADEMIA MERLÍN

UNA NOVELA DE LOS DESCENDIENTES

CROSS
BOOKS



No debería tomar a nadie por sorpresa que Peter Pan mintiera. Cuentos chinos, travesuras y payasadas eran el sello distintivo de aquel cretino arrogante, volador y de nariz respingada que parecía empeñado en amargar la vida del Capitán Garfio.

Cuando empezó a correr el rumor de que Peter lo había vencido, humillado ante sus hombres y obligado a caminar por la plancha mientras repetía «soy un bacalao», Garfio hizo todo lo posible por hacer oídos sordos. Puso los ojos en blanco al oírlo. Peter Pan no valía ni un solo pelo del largo y afilado bigote de Garfio. Pero, con el paso de los años y el florecimiento de la leyenda, fue enterándose de nuevos detalles por la isla. Peter Pan era divertido. Estaba hecho de magia. Pero, lo peor de todo, era popular, y Garfio... simplemente, no.

El rumor no solo era falso, era una infamia. Garfio se lo tomó como algo personal. Pero la historia se desparramó por todas partes. Garfio incluso encontró a Smee bromeando sobre aquel cuento en el bar de Úrsula. Hizo que el contraamaestre caminara por la plancha (o al menos por el muelle, porque ya no tenían barco) frente a lo que quedaba de su tripulación para dar el ejemplo; aun así, Garfio seguía oyendo risitas burlonas cuando caminaba por el pueblo.

No importaba. Garfio conocía la historia real. Y era la historia de quién era él.

Garfio tenía otro nombre antes, pero ya no lograba recordarlo. Y, aunque parezca mentira, el hecho de que su nombre actual coincidiera con el artilugio afilado y reluciente que habitaba al final de su brazo era pura casualidad.

No era mayor que Peter Pan cuando estaban los dos en la isla de Nunca Jamás, al menos, no mucho mayor. Quizás se llevaran unos años. A Garfio ya le había empezado a crecer un bigotito negro y fino que Peter había envidiado muchísimo (Garfio lo notó). Pero eso no significaba que se llevaran mal; de hecho, tenían más en común de lo que nadie hubiera podido imaginar. No eran más que unos pequeños, niños perdidos, arrastrados por circunstancias trágicas a una isla que existía fuera del tiempo. Todos los niños de allí eran iguales: necesitaban comida, cobijo y compañía, y tenían que confiar los unos en los otros.

Y Garfio era el mejor pescador de todos. Los chicos le pusieron un apodo por los afilados garfios que tallaba en corteza. Sabía

dónde se agrupaban los bancos de peces bajo el agua, conocía las calas profundas y las mareas bajas que mejoraban las posibilidades de una buena captura. Todo era fruto de la pericia que le enseñó su padre, almirante de una flota; un hombre que se desdibujaba en la memoria de Garfio con cada día eterno que pasaba en Nunca Jamás. Pero el conocimiento perduró.

Al principio, las cosas no iban mal. Los chicos no solo sobrevivieron en Nunca Jamás, sino que de hecho se las arreglaban bastante bien. Garfio siempre se preguntó si fue ahí donde empezaron los problemas con Peter. Verás, tenían opiniones muy distintas: Garfio quería irse, encontrar una forma de salir de la isla y recuperar sus antiguas vidas. Estaba harto de tener arena en los zapatos y de pasar días sin té ni galletitas ni ninguna de las comodidades de la civilización. En cambio, Peter quería quedarse.

—Somos hijos de los naufragios —solía decir—. ¿A qué vamos a volver?

A Garfio le horrorizaba pensar en las implicaciones que tenía aquella idea.

—No sé tú, pero yo soy hijo de un almirante de la Marina —respondía, siempre—. Aunque nuestras familias sigan allá fuera, en el mar —nunca era capaz de pronunciar la palabra «ahogadas»—, yo tengo toda una herencia que reclamar. Tengo que mantener en alto el legado de mi padre. ¿Es que no sientes lo que esta isla nos está haciendo? Algún día tendremos que madurar, Peter.

Lo que empezaba como una charla con buenas intenciones acababa degenerando en una sarta de gritos. Los ánimos estaban caldeados, sobre todo cuando Garfio se atusaba el bigote e insistía en eso de hacerse mayores. Sin pretenderlo, Garfio acabó rodeado de una banda de chicos que compartían sus ganas de construir un barco y estaban dispuestos a jugarse la vida haciéndose a la mar. Ellos sí lo respetaban, no como Peter; uno de los chicos incluso le regaló el pendiente con forma de aro de su madre y Garfio se perforó la oreja allí mismo solo para impresionarlos. Descubrió que le gustaba el poder y despertar la admiración de todos.

Peter se quedó con los demás chicos.

El más joven empezó a burlarse de Garfio llamándolo «capitán»; Garfio fingía que no le molestaba. Empezó a limitarse a un lado de la isla, mientras que Peter se movía por el otro.

Pero, de vez en cuando, seguían cruzándose. Y fue uno de esos encuentros el que cambió el rumbo de la vida de Garfio para siempre.

Garfio estaba en el bosque, buscando raíces y hongos. Se había despertado esa mañana con el antojo de algo que el cocinero del barco solía preparar: un buen estofado caldoso con un montón de verduras consistentes. Pensó que, si encontraba suficientes ingredientes de los buenos, podría recrearlo. Se acomodó su densa melena oscura mientras una brisa marina le sacudía el pelo. Su padre siempre le había enseñado que vestir bien te hacía sentir mucho mejor y demostraba tu dignidad ante

los demás; Garfio todavía llevaba el saco rojo de almirante que su padre le había dejado. Era lo único que le quedaba de su familia.

Absorto en lo que hacía, llegó al extremo occidental de Nunca Jamás casi sin darse cuenta, plantándose justo al borde de la bahía pantanosa. No fue hasta que oyó el chasquido de una rama cuando comprendió su error y asomó la cabeza entre la maleza, alarmado. Allí, encaramado a una rama alta, estaba Peter. Con los ojos entrecerrados, sostenía un hacha en la mano, listo para lanzarla.

—¡Eh! —dijo Garfio, soltando la bolsa y levantando las manos—. Soy yo.

Tras un silencio que a Garfio le pareció un poco demasiado largo, Peter bajó el arma.

—Perdona —dijo—. Pensé que podrías ser ese cocodrilo.

Aunque la isla era segura en su mayor parte, había un enemigo al que todos los chicos temían: un cocodrilo ancestral y enorme que acechaba en las aguas poco profundas. Garfio lo había visto abatir animales tan pequeños como un conejo y tan grandes como un ciervo, y reconoció el hambre en sus ojos cuando uno de los más jóvenes salió de la playa gritando tras darse un chapuzón. Garfio no sabía si era un cocodrilo de verdad o alguna clase de monstruo marino, pero no tenía el más mínimo interés en averiguarlo.

Garfio se recolocó la correa de la bolsa cruzándosela sobre el pecho. No se sentía nada cómodo.

—Bueno... ¿Cómo va la vida?

Peter saltó desde la rama. Garfio no pudo evitar fijarse en lo mucho que le bailaba la ropa en aquel cuerpo escuálido y cómo se le hundían las mejillas.

—Todo genial —Peter asintió—. Sí, fantástico. A todos los chicos les encanta este sitio. Tenemos un brebaje de raíz buenísimo que destilamos de las cortezas de los árboles; nos lo bebemos cada noche junto a una fogata enorme. Es magnífico. Te lo estás perdiendo.

—Sí, supongo —asintió Garfio, sumido en un silencio incómodo—. ¿Están comiendo lo suficiente?

—Pues claro. Tenemos de sobra, no podemos ni terminarlo.

Un inoportuno gruñido surgió de lo más hondo del estómago de Peter. Hizo una mueca, pero apretó los dientes sin decir palabra.

—Oye —Garfio se pasó una mano por el pelo—, esta noche voy a preparar un estofado. Si se les acaba lo que tienen, ¿por qué no vienen a comer conmigo y...?

Peter apretó la mandíbula.

—No necesitamos caridad.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Tenemos de sobra.

Garfio nunca se había distinguido por su delicadeza, y el orgullo de Peter era algo que no entendía.

—¿Pero se puede saber por qué eres tan testarudo?! —exclamó—. Estás dejando que se consuman... ¿y para qué?

—Hago lo que puedo —murmuró Peter.

—Pues no basta.—A Garfio se le aceleró el pulso—. ¿Y sabes qué? Esto se acabó. Vuelvo contigo al campamento y me voy a traer a tus chicos a mi lado de la isla. Mis chicos y yo empezamos a construir un bote y vamos a usarlo.

—¡No! —gritó Peter—. No te creas el jefe solo por ser el mayor. Eres tú el que me está arrebatando a todos. Eres tú quien quiere llevarnos al mar a morir. ¿Y para qué? —dijo con tono de burla—. No hay más que agua salada en un montón de kilómetros a la redonda. Las gaviotas nos van a dejar los huesos limpios.

—¡Eso es imposible! —gritó Garfio, y cerró los ojos para no ver aquella imagen—. Llegaremos a casa. Tengo un nombre que honrar, una casa, una herencia...

Un sonido en el agua los silenció a ambos.

Desde las profundidades de la bahía surgió una mole. No era más que una silueta negra en la penumbra del atardecer. Pero tanto Garfio como Peter supieron lo que era al instante.

—Es él —susurró Peter.

Antes de que pudieran reaccionar, el cocodrilo salió del agua con una sacudida, con una rapidez increíble para su enorme peso. Peter saltó hacia el árbol, trepando por el tronco a toda prisa en busca de las ramas. Garfio intentó seguirlo, pero una fuerza que le rodeaba el pecho lo lanzó contra el suelo.

El cocodrilo había atrapado la bolsa entre los dientes.

Cegado por la adrenalina, Garfio golpeó con los puños el hocico acorazado del reptil; sentía como si estuviera golpeando una roca sólida. Había algo siniestro en los ojos amarillos que lo

observaban: el cocodrilo sabía exactamente lo que hacía. Con las mandíbulas apretadas como un torno, arrastró a Garfio hacia el agua.

Garfio tiró de la correa de la bolsa, pero no sirvió de nada.

—¡Cuidado! —gritó Peter.

Garfio se dio vuelta y vio que el chico estaba de nuevo en el suelo, con el hacha levantada sobre la cabeza con ambas manos.

—¡Peter, no! —gritó Garfio—. ¡Espera!

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. En un instante, el hacha surcaba el aire; al siguiente, su hoja plateada había cortado la muñeca de Garfio de un tajo limpio. El cocodrilo soltó la bolsa mientras el arma le golpeaba el hocico, tras haber perdido fuerza en el trayecto. Al final, el hacha apenas le dejó un moretón al animal antes de hundirse en el agua sin causar más daño.

Garfio tardó un poco en entender que Peter lo estaba arrastrando lejos de la orilla mientras envolvía lo que quedaba de su brazo con el tejido desgarrado de la bolsa.

Podría haber dicho muchas cosas cuando logró salir de su aturdimiento (unas veces para bien y otras para mal), pero prefirió mirar a Peter a los ojos y murmurar:

—¡Rayos y centellas! No haces nada bien, ¿verdad?



Algo se rompió dentro de Garfio esa noche. Había llegado a su límite. Estaba harto de la isla, estaba harto de los chicos y asqueado de solo pensar en tener que ver, día tras día, el rostro horrorizado y pálido de Peter. De hecho, no quería que nadie supiera lo que había pasado.

Así que se marchó. Y lo hizo solo.

Garfio se escabulló del campamento mientras todos dormían. Recogió la chaqueta de su padre, su brújula y las otras pocas pertenencias que había logrado salvar. En la playa sur, el bote que los chicos y él habían empezado a construir descansaba en silencio sobre la arena. No se parecía en nada al imponente navío que él había imaginado. Quizá eso es lo que podría hacer al volver: usar su herencia (generosa, estaba seguro) para diseñar barcos de los que su padre se sintiera orgulloso.

El bote no estaba terminado del todo, pero serviría. Garfio subió sus cosas a bordo y empujó la balsa lejos de la arena sigilosamente.

La noche dio paso al día, y el día se convirtió en la tarde mientras Nunca Jamás se hacía más y más pequeña hasta desaparecer por completo. A medida que Garfio se alejaba de la magia de la isla, empezó a sentir algo extraño en el cuerpo. Sintió unos dolores de crecimiento en los codos y las piernas que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. Hizo lo posible por timonear la embarcación, pero no tenía el instinto de navegante de su padre, ni contaba con una tripulación. Racionó la comida y el agua que se había llevado de la isla, pero aun así mermaron

rápido. Y mientras yacía en la cubierta, viendo pasar sobre él las estrellas, el sol y de nuevo las estrellas, admitió con irritación que Peter Pan tenía razón. La travesía era tan dura como el chico había advertido, y más aún con la agonía de haber perdido la mano. Garfio se fabricó una nueva con unos restos de oro que había estado guardando y se limpió la herida con un chorrito de la cantimplora.

Al tercer día de navegación, un albatros divisó la brillante brújula de metal del padre de Garfio en la proa y se la robó.

Y tras casi una semana bajo un sol abrasador, con el brazo lleno de costras y su melena (de la que tan orgulloso se sentía) enredada por la sal, Garfio estaba a punto de tirar la toalla.

Pero, a veces, es justo en el abismo de la desesperación cuando la magia nos encuentra.

Mientras Garfio permanecía tirado sobre la borda de popa, con la vista nublada y fija en aquel horizonte inmutable, algo le llamó la atención. Era una silueta que subía y bajaba con el vaivén de las olas: una botella. Al principio, estaba convencido de que eran imaginaciones suyas. Pero el bote se acercaba más y más (ya había dejado de remar) y el destello del sol sobre el vidrio era tan claro como el día.

Garfio no perdió el tiempo. Lanzó al agua la única red de pesca que le quedaba con la destreza de un experto.

Lo extraño era que la botella no parecía vieja. El cristal estaba limpio, manchado por la sal pero, por lo demás, como nuevo. Y en su interior, enrollado, había un pergamino intacto.

Con cuidado, muy despacio (pues tenía el brazo derecho surcado de arañazos tras aprender a usar el garfio), descorchó la botella. No podía dar crédito a lo que estaba leyendo.

*Querido Capitán Garfio (como pensamos que lo apodan hoy en día):
Nos complace acusar recibo de su solicitud para la Academia Merlín enviada por su difunto padre junto con el pago íntegro de la matrícula, antes de su trágico y prematuro fallecimiento.*

Tras revisarla, nos complace aceptar a un alumno tan brillante como usted, que demuestra tener potencial para alcanzar la excelencia en nuestra institución. La Academia Merlín es una escuela rigurosa en las artes de la hechicería, abierta a todos los ciudadanos de cualquier región de los reinos y sus tierras colindantes.

Usted tiene potencial para estas artes. ¿Qué le deparará? Para aceptar su ingreso en la escuela, lea el siguiente conjuro en voz alta. El transporte inmediato está garantizado.

Garfio se sentó con las piernas cruzadas en la cubierta del barco un buen rato. Echó un vistazo al hechizo y luego volvió la vista al mar, temeroso de que, si lo leía entero, alguna fuerza misteriosa se lo llevara de allí en un abrir y cerrar de ojos. Sentía el grosor del pergamino en la mano derecha, mientras que en la izquierda no sentía más que un dolor sordo. Aquello no era una escuela naval ni clases de arquitectura. No se había criado con la magia; durante mucho tiempo, ni siquiera creyó que existiera. Pero esa carta lo había encontrado de alguna manera, justo cuando estaba al límite de sus fuerzas. Y demostraba que su

padre, después de todo, sí tenía un plan para él, algo de lo que Garfio había empezado a dudar.

El sol se hundía en el horizonte, bañando con su cuerpo anaranjado el agua y los maderos torcidos del bote de Garfio, el único hogar que tenía.

¿Era un riesgo que estaba dispuesto a correr? ¿Acaso tenía otra opción?